

Mediterrani Junii 1946

VIAJE NOSTALGICO A LAS PLAYAS DEL "POSTIGUET"

A.P.C.E.

SIG.: 1.20/1530

por CARLOS ESPLÁ

Algunos amigos que pudieron salir de Francia, rumbo a México, antes de la ocupación, me dijeron que, al pasar de noche frente a las costas alicantinas, el barco que los conducía a Casablanca, para traerlos luego a Veracruz, navegaba tan cerca, tan cerca de tierra, que vieron las luces de la Explanada de Alicante. ¿Las vieron, realmente? Es decir ¿las vieron en la Explanada, o las vieron en el pozo encantado de sus recuerdos, en cuyo fondo tiemblan las estrellas misteriosas de las noches de destierro? ¿Vieron, en verdad, las luces eléctricas de la Explanada —dátiles luminosos de sus palmeras— encendidas para saludar al barco de emigrantes, o vieron los fuegos fatuos del imaginario camposanto de nuestros mártires? Fuegos fatuos, fuegos locos, dicen los franceses. Y acaso sea así, porque todo parece locura.

Luces verdaderas o mágicas, vistas desde la borda del barco con los ojos abiertos y fijos en el horizonte físico, o con los ojos cerrados, también fijos en sus alucinaciones, lo cierto es que la visión tiene una perfecta realidad. La realidad para los hombres del Mediterráneo está hecha también, y sobre todo, de poesía. Nuestra suprema realidad es Mistral.

La realidad no es lo que dice la Geografía política: Alicante: catorce partidos judiciales, Delegación de Hacienda, Audiencia Provincial, Instituto de Segunda Enseñanza, Gobierno ci-

vil, Diócesis de Orihuela... Todo eso es realidad hasta cierto punto. Pero con esos rasgos administrativos nadie conocería a su tierra. La realidad es, sobre todo, el recuerdo de lo que ya no existe por haber alcanzado una existencia infinita.

De noche, desde el barco de emigrantes, se puede ver también, aunque no se vea —¡cuántas cosas se ven a quince mil kilómetros de distancia!— el perfil del "moro del castillo", que en los días claros, mediterráneos, se recorta, limpio y dorado, en el alicantino cielo azul como un camafeo. ¡Viejo conocido nuestro, este moro en silueta! Cuando en días futuros, la gente tenga que preguntarse quién es aquel personaje desconocido del busto olvidado en una plaza o en un jardín, nadie, en cambio tendrá que preguntarse quién es aquel moro del castillo, con su aúreo turbante de piedra. Es, tal vez, el moro que lleva a Alicante las arenas de Africa que forman su tierra, y las palmeras, y los granados, y las higueras de sus huertos. Lo lleva todo eso secretamente, por la noche, cabalgando sobre las olas. ¿Qué tiene de particular que un moro de piedra vaya montado en el lomo blando y espumante de una ola mediterránea? Lo hace para traer esas fantasías vegetales que nos darán higos —gotas de miel—, y granados —gotas de sangre—, y dátiles —dedos de luz, dijo el árabe poeta. Si todo esto no fuera realidad, el mundo se oscure-

cería en la prosa más lúgubre y en las más negra y siniestra desilusión.

Continuemos, pues, con nuestra realidad, es decir, con nuestros recuerdos. 1900. Desde el mar se ve el puerto de Alicante. El viejo puerto cuando sólo tenía dos brazos, como los hombres. El otro brazo, el nuevo, está todavía en la cantera. No lo ha sacado aún de allí el ingeniero jefe de la Junta de Obras del Puerto. Así, su abrazo de bienvenida a los que llegan por mar tiene mucho de humano. En el puerto está el *Besós*, que es nuestro "Normandie" de aquellos años. El *Besós* es el ordinario marítimo de Barcelona. Corresponde a la época de las diligencias de La Marina. Uno se lo figura llegar lleno de polvo de las carreteras y dirigirse a la posada de la Balseta. Pero el *Besós* llega por mar, y no viene sucio de polvo. Lleva sólo la suciedad comercial estricta, con el tizne de sus bocanadas de humo. El comercio de Alicante navega en su cascarón. Los almacenistas de tejidos, que van dos veces al año a Barcelona para reponer sus existencias de piqué, batistas, percales y paños; los representantes de casas de maquinaria y de abonos y de fábricas de harina, viajan siempre en el *Besós*.

Llega la nave legendaria los martes por la mañana. Tiene anunciada su llegada a hora muy temprana, cuando todavía monta la guardia del muelle la doble centinela de sus dos luces — verde y roja—, que son como la mirada de los prácticos del puerto tendida sobre el mar. Las familias de los viajeros van a esperar al *Besós* a la punta del muelle. Hay que levantarse a las cuatro de la mañana. ¡Quién sabe si con esas máquinas tan modernas —estamos, ya se sabe, en 1900— que lleva el *Besós* y con aquella humareda que despide su chimenea, el barco adelante su llegada! El *Besós*, sin embargo, nunca se adelanta a las citas. Es un barco ordenado, familiar, respetable, comercial. Es un barco, en fin, que

no madruga. Los días que llega de Barcelona al puerto de Alicante, no madrugan más que los familiares de los viajeros. El madrugón despierta el apetito, y en el banquito de piedra de la farola del muelle hay siempre, a esa hora, un viejo que vende *rollets i malaenes*, esperando todos los martes al *Besós*, como si fuese el encargado de prepararle el desayuno al vaporcito, con golosinas alicantinas. A las ocho llega —con retraso— el *Besós*. El puerto de Alicante está ya brillante de sol, de reflejos del mar, de destellos de cascos de carabinero. Huele a bacalao, a amoníaco, a heces de vino, a marisco, a porquería. El *Besós* atraca, de punta, junto a un velero noruego que está descargando fardos de bacalao inglés. Se nota que es inglés en que lo trae un barco noruego.

Colocan las escalerillas del *Besós* para que bajen los viajeros. Todos los viajeros han hecho un viaje magnífico, dicen para no asustar a los niños, admirados de las proezas de los navegantes. Ningún pasajero del *Besós* puede confesar que se ha mareado, ni aun cuando el barquito bailaba al pasar el golfo de Valencia. ¡Travesía espléndida! Confesar otra cosa sería aceptar la posibilidad de que un hombre del Mediterráneo puede marearse en el tranvía de mulas que va a San Vicente del Raspeig. El *Besós* se pone a descargar bultos y cajas, y a cargar fardos y bocoyes. Todo el comercio alicantino-barcelonés está ahí, con sus estibadores, capataces, consignatarios, empleados, tenderos y almacenistas, pendientes del tráfico mercantil.

Por las tardes, a la hora de los paseos melancólicos por el malecón, del velero noruego que descargaba bacalao inglés sale una música sentimental, música de acordeón. Después, el marino del acordeón va a emborracharse de ginebra al Café del Comercio. (Precisemos la realidad del personaje: muchos años después, en París, asistía yo a una representación de *Maya*, obra

teatral poética y audaz. *Maya* es la ilusión hindú del amor; más concretamente, del deseo. El autor encarnaba esa ilusión en una pintarrajeada prostituta de barrio marítimo, que bien podía ser de Marsella o de Barcelona. *Maya* recibía a los hombres de paso en sórdido burdel. Uno de los clientes, atraído al infame templo del amor por la invitación carnal de *Maya*, era un marino noruego. No recuerdo ya — salvo que era rubio y fornido— cómo lo caracterizaba el actor. Pero recuerdo que al aparecer el marinero en escena, pensé: “A este hombre lo he visto yo en alguna parte”. ¡Claro que lo había visto! Era, sin duda, el marinero que tocaba al acordeón en la popa del bricbarca noruego y que sonreía luego al camarero del Café del Comercio para que le sirviera más “gin”. El recuerdo es exacto y prueba la realidad de todas las imágenes irreales y poéticas).

Los días que sale el *Besós*, llega al puerto de Alicante el barco de Orán. Bajan de él caballeros argelinos que llevan sombrero hongo y guardapolvo y señoras que se han puesto en la cabeza una cantidad desproporcionada de frutas, flores y pájaros. Se llaman “madame Alberolá”, “madame Sansanó”, “madame Llopís”, “madame Lozanó”. Todas son alicantinas. Orán es como un barrio de Alicante. En vez de ir allí en el tranvía de mulas, se va en barco. Los pasajeros del barco de Orán dicen *ché y joh, lá, lá!* Hablan el valenciano en francés o el francés en valenciano. Su lenguaje es una curiosidad literaria. (Como tal recogió *La Nouvelle Revue Française*, hace unos veinte años, en un libro, páginas sueltas del *Journal de Cagayous*, publicación periódica de Orán con las aventuras de un personaje popular oranés. Es una prosa escrita en un valenciano aproximado de La Marina alicantina, con ortografía francesa. Ejemplo: *dourim*, por *durém*. Al darle la pronunciación francesa, recobran aquellas pa-

labras su acento valenciano. El libro de la N. R. F. lleva un lexicón y un minucioso estudio sobre el origen de ciertos vocablos populares oranés. Aunque el erudito filólogo autor de tal estudio atribuye a algunas palabras origen portugués, italiano o castellano, todas son valencianas, de La Marina). Cagayous es un golfo de playa, un bohemio de puerto, un artista del no hacer nada, fumando cigarritos y bebiendo vino en barral, un virtuoso de los salmonetes a la brasa en los merenderos de la costa. El hermano del oranés Cagayous es el alicantino Calamaro, puntal de taberna, vagabundo del puerto, inspector honorario de los trabajos del muelle. Ve venir a los barcos y lo avisa a los consignatarios. Uno de éstos le dá dos *quinsets* por el servicio. Protector, le dice “*No t’els malgastes*”. El Calamaro contesta: “*No, senyor. ¡Qué he de malgastar! ¡M’heu gastaré tot en vi!*” El Calamaro practica la entente franco-española. Su gran protector es un francés que llegó a Alicante en la época de la gran exportación de vinos a Francia. Ahora se embarcan menos becoyes para Cette. Queda, pues, en Alicante, más vino para el Calamaro y para su amigo el francés. Este, cuando regresa de noche a su casa, saluda al pasar, ceremonioso como buen francés, la estatua de don Eleuterio Maisonave, quitándose el sombrero: “*Bonsoir, monsieur le ministre!*”

En los muelles del puerto alicantino chirrían las ruedas de los carros de Torrellano, de Muchamiel, del Rebollo, del Bacaret... Junto al mallecón, alineadas, dialogan con sus banderas —ropas de bayeta amarilla, colgadas a los palos, para secarse— las barcas de pesca de “les paretles”. Llevan nombres de mujer: “Remedios”, “La Joven Lolita”, “Las Dos Matildes”... Un fogaril a la popa, con un caldero de pescado. ¡Perfume inolvidable!

¡Viejo puerto de Alicante! Desde el barco de los emigrantes se ven sus lu-

A.P.C.E.
SIG.

ces, como ahora lo vemos nosotros azul y lejano, con "cielo de mar y azul de mar —dijo Miró...— traspasado de Mediterráneo". Hay ahora una fragancia de geranios y jazmines alicantinos, una fiesta de almendros en flor. Oímos las caracolas del mar en las playas del Postiguat.

A mi no me extrañaría —todo es tan real y vivo en el recuerdo— que en este momento, al terminar estas cuartillas, llamase a la puerta de mi cuarto el moro de piedra del Castillo y me trajese, como presente de la *terreta*, un cestito de dátiles.

